

Es el momento de la deuda

Sergio Negrete Cárdenas

El francés Dominique Strauss-Kahn tenía menos de tres meses como Director Gerente del Fondo Monetario Internacional en enero de 2008 cuando publicó un polémico artículo en el diario británico *Financial Times*. El título era "[The case for a targeted fiscal boost](#)" (La necesidad de un estímulo fiscal enfocado). El argumento era demoledor: era el momento de usar la política fiscal para compensar por la desaceleración económica que varios países estaban experimentando. La política monetaria (el manejo de las tasas de interés) no era suficiente como instrumento para la reanimación. Una de las frases clave del artículo fue: "en cierto sentido, la política fiscal de mediano plazo se trata de ahorrar para el día que llueve. Ahora está lloviendo".

Esto puede sonar rutinario, por supuesto normal, en 2020, incluso en 2011. Pero esto era inicios del año 2008, siete meses antes de que quebrara Lehman Brothers, desatando lo que sería la Crisis Financiera Global. Y ese artículo no estaba escrito por un populista latinoamericano amoroso del gasto público, sino la cabeza del ortodoxo FMI. Ciertamente, DSK (como se le conocía en su natal Francia) era un socialista, pero socialista sensato de Europa Occidental, y además ex Ministro de Finanzas de su país. Ciertamente, el artículo conmocionó a muchos funcionarios del Fondo, y ayudó a dar un giro fundamental en la ortodoxia de la institución.

Ahora, en el mundo de la pandemia causada por el COVID-19, no está lloviendo, sino diluviando. Las economías no se están desacelerando o contrayendo ligeramente, sino colapsando. El desempleo está en niveles nunca siquiera imaginados ante un frenazo económico sin precedentes. Si hay un momento que justifique el gastar más de lo que se ingresa, el déficit financiado con deuda, es este. Los destinos específicos de esos recursos obtenidos por medio del crédito sin duda deben analizarse con el mayor detenimiento posible (si bien considerando que las crisis no esperan a las deliberaciones cuidadosas), lo mismo que los controles para la vigilancia del gasto correspondiente. Sí, debe tenerse al menos cierta perspectiva de dónde saldrá en el futuro el dinero para pagar el endeudamiento presente, pero todo ello es secundario al lado del imperativo de inyectar recursos a una economía que se hunde.

Muchos mexicanos tienen edad suficiente para detestar el endeudamiento. La crisis de la deuda de 1982-90 marcó a muchos, y con razón. La deuda masiva, irresponsablemente contratada, representó un lastre brutal para la economía, y marcó el inicio de una etapa de bajo crecimiento que hasta el día de hoy continúa. Y otra vez fue la deuda en 1994-95, con dos palabras que se convirtieron prácticamente en groserías: Tesobonos y Fobaproa. Eran otros tiempos (destacadamente con tasas de interés mucho más elevadas) pero, para muchos, tiempos que nunca deben de invocarse con un endeudamiento elevado. Ante el diluvio actual, dicen preferir la inundación y esperar a que escampe. Una visión ortodoxa y entendible, pero equivocada, y que hasta el FMI aprendió a dejar de lado hace más de una década.

Es el momento de la deuda, porque hay un diluvio.